

*“Sin fe es imposible agradar a Dios” (Heb. XI, 6)*

# Fides

FRATERNIDAD SACERDOTAL SAN PÍO X

PRIORATO SAN PÍO X  
CAPILLA NUESTRA SEÑORA MEDIADORA DE TODAS LAS GRACIAS

---

Buenos Aires, 5 de abril de 2020,

Queridos fieles:

Llegamos a las puertas de la Semana Santa y nuestro temor se hace realidad: la cuarentena decretada por el Gobierno se extiende por más tiempo y no les será posible asistir a los ritos sagrados de estos días tan importantes. Algunos de Uds. me dijeron: - *Será la primera vez en mi vida que me quedaré sin las ceremonias de Semana Santa.* Quejas que parecen un eco de las lamentaciones del profeta Jeremías hablando de la Iglesia:

*Quomodo sede sola Civitas plena!*

*¡Cómo se ha quedado sola*

*la Ciudad que era tan populosa!*

En los boletines pasados hablábamos de la importancia de aprovechar esta ocasión tan dolorosa para unirnos a la Pasión de Nuestro Señor, para reparar tantos pecados de indiferencia hacia el Santo Sacrificio de la Misa, para convertirnos, para estimar los dones tan grandes que tenemos cada domingo y que estimamos tan poco.

Las tribulaciones de esta vida tienen un valor muy grande. Tienen también efectos inesperados. Y uno de ellos es la revelación de lo que nosotros somos, de nuestras disposiciones más profundas. Disposiciones que muchas veces están ocultas a nosotros mismos.

De este modo el dolor, la tribulación, las angustias de esta vida se dan de modo muy distinto en un católico y en un hombre alejado de Dios. No quiero decir con esto que los que están unidos a Dios no tienen sufrimientos en esta vida, o que Dios les ahorra las penas en razón de su fidelidad. No, no se trata de eso. Basta mirar a Nuestro Señor y a Nuestra Señora, basta leer la vida de los santos para ver que no es así.

Lo que quiero decir es que las tribulaciones de esta vida – que pueden ser de naturalezas muy diversas – tienen en nosotros el efecto de revelar la contradicción de deseos que llevamos en el alma: queremos a Dios, pero deseamos también los bienes de este mundo. Muchas veces nuestra mediocre vida de católicos está empañada por el amor de las riquezas, de los placeres. Cuando la Providencia permite que nos falten estos bienes, junto con el dolor propio de la ocasión, tenemos la posibilidad de ver con claridad que tenemos bienes mayores, que tenemos bienes más altos. Es la ocasión de levantar los ojos al cielo, de darnos cuenta de que tenemos una Esperanza que no falla y que los bienes que nos encandilan (quizás demasiado) son pasajeros y caducos.

Las tribulaciones son en definitiva para un católico la gran ocasión de una verdadera conversión.

Para alguien que está lejos de Dios, las tribulaciones son el oscuro momento de darse cuenta del vacío de sus vidas. Cuando llegan a faltar los bienes de este mundo, en los que pusieron toda su felicidad, se dan cuenta de que no les quedó nada. No hay para donde correr, adonde mirar. No hay más norte. Nada. El gran efecto de la tribulación para ellos es la desesperación absoluta.

Y esto es muy importante tenerlo presente en nuestros días, porque hay algo peor que la enfermedad, algo más grave que la peste, algo más peligroso que esta epidemia universal: es el miedo de ella.

No nos deben perturbar las medidas drásticas que la prudencia puede exigir en tiempos de calamidad. No nos debemos tampoco rebelar. Pero lo que no podemos aceptar de ningún modo es la raíz profunda de la cual nace toda esa histeria colectiva, que es justamente la desesperación

del hombre moderno. Lo que se ve en esta locura que cunde es el vacío del hombre que perdió a Dios.

La prensa que se propone ayudar a detener el virus es la gran propagadora de este miedo desesperado.

Si nosotros debemos hacer caso a las medidas tomadas para evitar el contagio, no debemos de ningún modo dejarnos llevar por el espíritu que las mueve. No debemos tener miedo a la muerte sino a ofender a Nuestro Señor. *No os entristezcáis como esos otros que no tienen esperanza* nos aconseja el Apóstol.

Este viernes pasado celebramos la fiesta de Nuestra Señora de los Dolores. Delante del Santísimo Sacramento nos consagramos a la Virgen le pedimos por nuestro Priorato, por cada uno de Uds. y sus intenciones personales. Ciertamente la Madre del Salvador no nos dejará desamparados si recurrimos a Ella.

Tengan la certeza de que los tendremos muy presentes en todas las ceremonias tan importantes de estos días.

Que Dios los bendiga,

P. Camargo